

MARIANO L. CORONADO

COMENTARIOS SOBRE LA VIDA Y OBRA DE PITACORAS

LA TEOSOFIA Y LA EDUCACION

SAN JOSE, COSTA RICA

1931

37497-IMP. LINES, A. REYES, SUC.

COMENTARIOS

SOBRE LA VIDA Y OBRA DE PITÁGORAS

Fecunda es la historia de la evolución de los pueblos en caracteres extraordinarios y figuras gigantescas que destacaron un magnífico perfil por sobre la multitud de los hombres y la medianía de las masas humanas y supieron iluminar, con los esplandores de su genio o la santa austeridad de sus virtudes, las conciencias de aquellos que fueron accesibles a su influencia; son los sabios, los artistas, los videntes y profetas, filósofos Fundadores de religiones, que han guiado e iluminado las mentes de la sociedad humana, conduciéndola a más altas concepciones de Sabiduría, de Belleza y de Poder. Y muchas de estas personalidades gloriosas, proyectaron durante edades enteras la magnificencia de sus doctrinas redentoras sobre las generaciones que marchan, siguiendo el impulso de su oscuro destino, hasta la meta de la divina perfección que coronará un día la evolución de la Vida.

Y entre esos seres que han dado un fuerte impulso al desenvolvimiento de la conciencia de los hombres, sobresalen sin duda, por la mayor trascendencia de su auxilio, aquellos que han sabido penetrar más hondo en las almas de las naciones, dando a ellas una más clara comprensión del origen y fina-

lidad de la vida, elevando así su nivel moral y dándoles norma para una existencia más noble, más sabia, más desinteresada y conforme con la Divina Ley, que es Armonía y Verdad. Son los predicadores de la Sabiduría Divina, o Teosofía, que en todas las épocas han traído sobre el mundo fragmentos de esa ciencia de los dioses y los han presentado en formas diferentes siempre al alcance de las conciencias que quisieron esclarecer y conducir a más altos estados de civilización y de dicha.

Pitágoras, el filósofo de Samos, es una de esas glorias de la humana raza, que floreció un día para bendición y adelanto de aquellos cuyo destino les dió la fortuna de recibir sus doctrinas, ya directamente o a través de los tiempos, que aún son diáfanos para el relámpago de sus sublimes y emancipadoras enseñanzas.

Durante muchos siglos fueron éstas la inspiración de diversas escuelas filosóficas y sus orientaciones constituyeron el alma de instituciones políticas y sociales que engrandecieron a Grecia y a Roma en tiempos de esplendor, en tanto que las ciencias y el Arte se enriquecieron también con las preciosas conquistas de Pitágoras y de muchos de sus discípulos.

Pero, aunque siempre fueron de insuperable interés para la humanidad las sublimes enseñanzas de este ilustre filósofo pocas veces fué más oportuno tratar de revivirlas y estudiarlas nuevamente, que en esta época de transición en la vida de los pueblos que piensan, en que los problemas de la Filosofía y de la Ciencia se agitan con actividad extraordinaria, y en que los hombres estudiosos, deseando hallar respuesta a las mil preguntas inquietantes que con respecto a las fuentes de la Vida y a su finalidad última atormentan al hombre, vuelven con frecuencia su mirada indagadora, pero confiada, al Oriente de donde siempre vino la luz; en esta época en que descendiendo sobre los hombres, con el nombre de Teosofía, una vez más las antiguas verdades divinas que siempre guiaron la marcha

de la evolución, constituyendo la poderosa ayuda que de lo Alto emana sobre el mundo en todas las etapas de la humana historia, y de las cuales fué este eximio filósofo griego un admirable y eficaz exponente.

Vino Pitágoras al mundo hace cerca de veinticinco siglos, en la ciudad fenicia de Sidón, y siendo su padre un rico joyero de la isla de Samos, cuando la Grecia, no sabiendo conservar por más tiempo en todo su esplendor la inspiración mágica de Orfeo, que 300 años antes instituyera en ella el culto sacrosanto del Arte, marcándole así un sendero de progreso pujante y magnífico, veía de nuevo las sombras devorar los últimos resplandores de su estupenda cultura. Mas, tenía este pueblo, viril y enamorado de lo bello, tal potencialidad en sí, que supo dar de su seno hombres de extraordinarias cualidades, que fueron la palanca poderosa que levantó de nuevo el nivel de sus instituciones y el brillo de su intelectualidad, para bien del adelanto humano en el porvenir. Fueron estos hombres: Epaminondas, Solón, Thales de Mileto, y en especial Pitágoras. De éste dijo el oráculo delfico antes de su nacimiento "que sería útil a todos los hombres en todos los tiempos" y que sobrepasaría a todos en sabiduría y belleza. El cumplimiento de este augurio hizo que luego le llamasen "Hijo de Apolo".

Como todos los que han debido en la edad madura llenar una misión trascendental para el desarrollo intelectual y moral de los pueblos, Pitágoras comenzó a recibir la admiración y el cariño generales desde la adolescencia, pues toda su persona estaba saturada de un aire de profundidad y grandeza, y la virtud y el conocimiento irradiaban de su ser como una serena y suave luz que inundara el ambiente.

Pitágoras fué atraído desde niño por todos aquellos que con mayor provecho cultivaban la Filosofía consagrando sus vidas a las nobles investigaciones sobre la Verdad, y así fué

discípulo de Hermodamas, de Pherecides, de Anaximandro y de Thales de Mileto, fomosos por su saber.

Este último ilustre varón, iniciado en los sagrados Misterios del Egipto, aconsejó a Pitágoras, quien a los 18 años de edad huía de Samos horrorizado de la despótica tiranía de Polícrates, que fuese al país de los faraones para adquirir allí en el recinto de los templos de Menphis y de Tebas, los extraordinarios conocimientos ocultos que los sabios hierofantes impartían a quienes eran acreedores a ello.

Y aquí comienza la peregrinación de Pitágoras, ansioso de llenar su espíritu con la luz de la Verdad, peregrinación que había de durar 38 años, y elevar su saber y su virtud a un nivel excelso y casi inconcebible.

Así fué que un día, aprovechando la ocasión en que unos marinos egipcios arribaron a la costa cercana al Monte Carmelo, donde se hallaba entonces Pitágoras, embarcó con ellos hacia Egipto, a fin de buscar allí el conocimiento de las verdades ocultas que su insaciable espíritu ansiaba poseer. Los marinos, mercaderes sórdidos y rudos, tomaron a este bello joven, de largos rizos y de faz serena, con la esperanza de venderlo como esclavo a su llegada, sin sospechar sin duda que aquel hombre cuya esbelta y juvenil figura parecía envuelta en un nimbo de luz, habría de ser un día faro resplandeciente para las civilizaciones futuras y dissipador de las sombras de ignorancia e inquietud que cercan siempre el humano entendimiento.

Tres días y dos noches duró la travesía, y en ese tiempo el joven samio no durmió ni tomó alimento alguno; lleno de la serena majestad de su sabiduría, e irradiando sobre todos la dulzura de su alma sobrehumana, recorría el barco llenando de asombro a aquellos recios y torpes mercaderes, que se sintieron subyugados, vencidos e iluminados por la modestia y la grandeza de aquel que juzgaban su presa. Y al llegar a tierra, no osaron detenerle, sino que le tomaron con paternal solicitud

y cariño, le desembarcaron protegiéndole hasta que estuvo en buen sitio y amontonaron frutas junto a él. Así pisó por primera vez la tierra asoleada del Nilo este futuro grande Instructor de los hombres, para buscar en ella la Sabiduría Divina.

Forzoso es que nos privemos, por lo corto del tiempo que puede durar nuestra conversación, del agrado de seguirle paso a paso en su larga y fecunda peregrinación; de verle pasando a través de las misteriosas iniciaciones en las Pirámides, en donde, después de probar el temple de su voluntad y la pureza de sus propósitos en múltiples y terribles ordalías, recibía la bendita luz de Osiris, y el sabio hierofante hacía pasar ante sus ojos "la visión que encierra la historia eterna del mundo y el círculo de las cosas"; recibir de sus manos las misteriosas claves de la magia y de la teurgia, y adquirir con ellas el poder de dominar las fuerzas ocultas en la naturaleza de las cosas y mirar con los despiertos ojos del espíritu en las antes oscuras profundidades escondidas tras el velo de la diosa Isis; arrancar el secreto de la marcha de los mundos que gravitan en el insondable espacio y sentir la armonía inenarrable de las esferas que se mueven entonando el Himno de la Creación y de la Vida a través del Espacio y del Tiempo, guiados por la mano invisible de la Sabiduría Divina; y penetrar por fin en los recónditos arcanos de la evolución de los seres, hasta perderse en la inasequible luz de una condición eterna y divina, suprema realización de la Verdad, del Amor y del Ser; de mirarle, después de 22 años de vida entre los sacerdotes egipcios, que le enseñaron la ciencia de los números y de los astros, marchar prisionero de Cambises, rey persa vencedor en Egipto y llegar a la inmensa y esplendente Babilonia, en la cual Londres cupiese 4 veces, y en donde entonces se amontonaban, como más tarde en la Roma de los Césares, los despojos de mil pueblos conquistados y abatidos; y entrar luego en relaciones estrechas con los magos y sacerdotes caldeos, descendientes de Zoroastro, y

pasar con ellos, durante 12 años, por las más extraordinarias y eficaces disciplinas internas, y encontrar en las sagradas orgías, la santa y benéfica inspiración, que descendía copiosa sobre vaso tan insigne y lleno de tan pura y noble devoción hacia las divinas verdades. Hablando de estos sapientísimos magos, dice un historiador:

“En sus templos se originaban las tinieblas a plena luz, las lámparas se encendían por sí mismas, se veía irradiar a los dioses y se oía retumbar el trueno”. Y que ellos poseían el dominio del llamado “león celeste” o fuego cósmico, incorpóreo y sutil, fuente y origen de las fuerzas maravillosas de la Naturaleza. No podemos, digo, seguirle detalladamente en sus viajes posteriores, que algún biógrafo asegura lo llevaron hasta la India, esa tierra hermosa y llena de espiritualidad y de misterio, y recibir allí la iniciación en la ciencia esotérica del espíritu, de los labios augustos de Gautama el Buda, que entonces recorría aquel país, que fué la cuna de nuestra raza aria, poniendo los fundamentos de una religión magnífica, llena de espirituales tendencias y exaltados propósitos, venero riquísimo de donde han brotado las mejores verdades filosóficas y religiosas, y que es hoy luz y amparo de la mitad de los hombres; bañar su alma excelsa en las sabias y consoladoras enseñanzas de ese gran Salvador de la Humanidad, que, nacido príncipe, marchaba por los pueblos como un pobre medicante, derramando Su amor ilimitado sobre el dolor humano y Su divina sabiduría sobre las tinieblas espesas de la ignorancia que ahogaba las conciencias y estancaba el progreso de las almas.

A la edad de 56 años regresó Pitágoras a Samos, lleno de los trascendentales conocimientos que su noble afán le procurara, y transfigurado, divinizado casi, por las internas purificaciones y las sublimes cualidades que habían florecido esplendorosas en la inmaculada blancura de su alma. Y venía lleno del ardiente deseo de derramar la sabiduría sobre los hombres

de su país, pero solo un tiempo más tarde de la primera y fracasada tentativa pudo formar escuela entre sus compatriotas, que fueron al principio refractarios a las altas, nobles y abstrusas enseñanzas del Maestro, y repugnaban el sistema de símbolos empleado por Pitágoras entonces, como lo ha sido siempre por los grandes Instructores, a fin de preservar las ocultas y superiores verdades de ser profanadas o mal comprendidas, por quienes carezcan del desarrollo bastante para hacer de ellas el pan de su espíritu y no el extravío de su torpeza o el azote de los demás hombres. Pero, seguramente no fueron los samios capaces de ahondar mucho en la filosofía pitagórica, pues, más que un Maestro de Sabiduría, creyeron ver en Pitágoras un hábil y diestro político y quisieron hacerlo participar en sus embajadas y otros puestos de la Administración. Como esto le impedía dar curso a su generoso empeño de verter en las mentes de los hombres el agua clara de su divina ciencia, síntesis de las humanas ciencias, y no considerando a su pueblo lo bastante preparado para aprovechar de sus doctrinas, decidió marchar a Italia, y establecerse en Crotona, una noble y aventajada ciudad que él juzgó medio más adecuado para el cultivo de la Filosofía y del Arte.

Era Crotona la cuna de una sociedad noble, pensadora y culta en la que florecían las más altas tendencias del intelecto y del sentimiento humanos. Allí llegó el Maestro y comenzó a dirigirse a la juventud, hablando en el templo de Apolo a los jóvenes y en el de Juno a las mujeres.

Eran sus discursos abundantes en la más alta sabiduría y en las más valiosos consejos, y supo la magia de su palabra, saturada de verdad y de amor, despertar en los corazones juveniles las más puras, nobles y brillantes aspiraciones hacia una vida superior, despojada de las vacías vanidades exteriores y de los excesos adormecedores del lujo y la molicie, y llena de bellos

y altruistas propósitos, y de orientaciones espirituales, divinas.

Las mujeres ofrendaron a la diosa sus trajes superfluos, y millares de ricas vestiduras llenaron en pocos días los lugares destinados a los sacrificios. La palabra del Maestro obraba prodigios en aquellas almas y se adueñaba de las multitudes que la escuchaban. Seiscientos seguidores tuvo al llegar a Crotona, y por un discurso solamente, dos mil oyentes se agregaron a ellos.

Maravillados los padres de los jóvenes de la poderosa y benéfica influencia de aquel hombre que así iluminaba las conciencias y conducía a sus hijos hacia una existencia más austera y virtuosa, le hicieron llevar al Senado y pidiéronle que les expusiese su plan y sus doctrinas. Hízolo así Pitágoras y desarrolló, ante la asamblea estupefacta, todo su sistema de filosofía en la parte aplicable al mejoramiento de las condiciones sociales y a la más recta aplicación de los principios de justicia en la dirección del Estado.

El Senado le pidió que estableciese una escuela para la enseñanza de sus ideas y le otorgó la ayuda necesaria. De ese modo se levantó poco tiempo después la escuela de Pitágoras, cuya influencia tanto había de pesar en el progreso del pensamiento humano y en el desenvolvimiento moral y espiritual de las generaciones futuras.

Rico caudal de las sabias doctrinas y de las magníficas concepciones y teorías del más ilustre de los filósofos griegos, tenemos en los escritos de Filolao, Archytas y Hierocles, así como en los diálogos de Platón el Divino y no poco también en los tratados de Aristóteles, de Porfirio y de Jámblico, pero apenas si será posible, en el espacio reducido de nuestra conversación de esta noche, delinear someramente las principales características de la escuela pitagórica y detenernos solamente en aquellas partes del cuerpo de doctrinas que mejor pueden reve-

arnos la magnificencia de un sistema filosófico tan grandioso en su aspecto ideológico como admirable en su fase de aplicación práctica para el bienestar y cultura de los hombres y de los pueblos. Una adaptación prodigiosa de la Sabiduría Divina enseñada en Oriente, al pensamiento occidental; una exposición insuperable del esoterismo arcaico, como la más eficaz filosofía que puede impulsar el adelanto de agrupaciones de mentalidades selectas y espíritus avanzados.

Esa institución, que semejaba una ciudad por su tamaño, en la cual habitaban en muchos casos familias completas, cuyos miembros todos deseaban recibir las disciplinas y enseñanzas de Pitágoras, se llamó Magna Graecia. Tal prestigio alcanzaron al poco tiempo de la llegada de Pitágoras a Crotona, sus habitantes, por la pureza de sus costumbres, la rectitud de sus vidas, la felicidad de sus hogares y el esplendor de la filosofía y de la ciencia, que se decía como un proverbio que el último de los crotoniatas era el primero de los griegos".

Los aspirantes a formar parte de la escuela de Pitágoras eran sometidos a un riguroso examen cuyo resultado debía acreditarlos como personas aptas para asimilar las enseñanzas del instituto. Ese examen comenzaba por pormenores externos como la manera de andar, de vestir y de reír, que se consideraban fieles reveladores del grado de delicadeza y desarrollo intelectual del pretendiente. Una cuidadosa y detallada información se seguía con respecto a su vida y si de todas estas pruebas parecía mérito bastante en el candidato, era admitido a un período probatorio que duraba tres años, pasados fuera de la escuela, aunque algunas experiencias de esa etapa eran sufridas dentro del recinto de aquella. Durante ese tiempo se seguía con minucioso interés la conducta del aspirante a la Sabiduría, y si al cabo era considerado merecedor de ello, era recibido para tomar parte en las subsiguientes disciplinas, que duraban el término de cinco años, pasados en el más completo silencio.

Una estatua representando a una mujer cubierta con un velo, y el índice sobre los labios, la Musa del Silencio como la llamaban, indicaba a todas horas a los neófitos la necesidad de callar, para adquirir, en la calma del recogimiento, el saber y la virtud. Un antiguo filósofo dijo: "En el silencio de un pitagórico hay más sabiduría que en el discurso de los demás hombres".

Al mismo tiempo la mente del candidato era sujeta a fuertes disciplinas, entre las que sobresalía la de las matemáticas. Diez mil ejercicios de números servían para probar si aquel poseía las condiciones mentales requeridas para prosperar en la escuela, y en el caso de que así fuese, era admitido en calidad de discípulo esotérico, o sea aquel que recibiría las más ocultas y reservadas doctrinas que la escuela poseía, mientras que los oyentes, a quienes no se hacía pasar por tan severa preparación, debían contentarse con algo menos. A esta última clase pertenecían varios millares de crotoniatas.

Los discípulos esotéricos hacían una vida de comunidad, depositando a su ingreso sus bienes en manos de los ecónomos encargados de la administración de ellos, y llamados allí los políticos. Pitágoras estableció ese procedimiento considerando que para cultivar la justicia con provecho, era mejor fundamentar los cursos superiores sobre una base de perfecta equidad y que sería más fácil a los discípulos consagrar su fervor y diligencia al estudio y propio perfeccionamiento, no viéndose obligados a las atenciones inherentes a la administración de sus haciendas.

Cuando alguno fracasaba en las pruebas que se le presentaban, ya fuese por su incapacidad intelectual o por la debilidad de su virtud y poca disposición para adaptar su vida a la austeridad de los sistemas pitagóricos, era expulsado de la escuela devolviéndosele su aporte aumentado con largueza, en tanto que una tumba se erigía en su memoria como si hubiese muer-

to; y muerto estaba realmente para sus ex-condiscípulos, quienes al encontrarse de nuevo con él, afectaban no haberlo conocido nunca, y jamás su nombre era pronunciado en las conversaciones. Fué uno que, saliendo de la muchedumbre, quiso escalar las alturas de la Verdad suprema, y, falto de valor o de pureza, cayó para perderse nuevamente entre la masa inconsciente, que vive de dulces y vanas ilusiones, mientras suena en el reloj de las edades la hora de su admisión al círculo de los que sacrifican lo que pertenece al Tiempo, para bañar sus almas en la luz de la inmoralidad.

Alguna vez fué arrojado de la escuela algún discípulo que repetía inconsideradamente a los profanos las doctrinas que solo estaban destinadas a aquellos que habían sufrido las preparaciones previas a la iniciación en los ocultos misterios de la cosmogonía o de la teurgia. A uno de estos, llamado Hiparco, escribió Lysis, el autor de los Versos Dorados, lo que sigue:

“Se dice que filosofas públicamente y con quienquiera que os halléis, y esto ha sido reprobado por Pitágoras. Estas cosas, oh Hiparco, las aprendisteis con diligente asiduidad, pero no las preservas como es debido. Celebraré que abandones esa práctica extraviada, y de no hacerlo, habrás muerto para mí.

“Es saludable recordar los preceptos humanos y divinos del Maestro y no compartir los bienes de la Sabiduría con aquellos que ni sueñan en tener purificadas sus almas. Porque no está de acuerdo con nuestras reglas participar a cualquiera lo que fué adquirido con grandes esfuerzos, ni divulgar entre profanos los misterios de la diosa Eleusina. Mucho tiempo empleamos en limpiar de nuestros corazones las más leves manchas a fin de ser vasos adecuados para recibir las doctrinas de Pitágoras; así como el teñidor purifica primeramente los trajes para darles luego el color y que éste sea permanente y hermoso, así el divino Maestro prepara las almas de los que aman la Filosofía, para asegurarse de que poseen las cualidades neces-

rias para recibir la verdad, al contrario de lo practicado por los sofistas, que derraman divinas ideas sobre caracteres viciosos, que es como verter agua clara en un pozo con lodo: se revuelve el lodo y se pierde el agua.

"Densos matorrales cubiertos de zarzas rodean el intelecto de aquellos que no han sido iniciados con pureza en las disciplinas, y oscurecen los serenos y tranquilos poderes de la razón, impidiendo el crecimiento de las facultades intelectuales. Estos matorrales son engendrados por la intemperancia y la avaricia.

"Es preciso purificar los campos en que tales pasiones han fijado su asiento, con el fuego, con la espada, y toda suerte de internas disciplinas, para que, libertando así el poder de la mente de tamaños males, pueda plantarse allí algo útil y bueno".

Y ya que hemos dado una ojeada general a la escuela pitagórica, aventurémonos a traspasar el umbral de su sagrado recinto y observemos la clase de vida que allí se lleva, para pasar luego a contemplar y admirar las sabias doctrinas que dentro de ella se imparten y los excelentes principios que el Maestro inculca en las almas selectas y osadas, que acudieron allí a buscar una superior condición intelectual y espiritual y a adquirir una preparación firme y amplia que las capacite para convertirse en palancas potentes del progreso y adelanto de la evolución del mundo.

Los pitagóricos iniciaban sus actividades con la salida del sol.

Una suave música dispuesta por el Maestro, los libraba de la torpeza física producida por el reposo y el sueño, y disponía sus cuerpos al movimiento y al trabajo, a la par que despertaba sus mentes para la actividad del día. Los Versos Dorados de Lysis, bello resumen de la doctrina pitagórica, eran entonados generalmente, al son de la lira, en la mañana y por la noche.

El uso de la carne y del vino, fué proscrito de la escuela por Pitágoras. La primera por cuanto la consideraba un manjar impropio para la construcción del cuerpo por su impureza y se la suponía participar de las tendencias pasionales del animal a que perteneció; además creyó el filósofo que quienes aspiraban a los más altos y nobles ideales de justicia, no debían inmolar ningún ser para satisfacción de sus caprichos, violando así los principios que deseaban profesar y vivir. El vino lo estimaba como un entorpecedor y oscurecedor del ojo del alma, cuyo desenvolvimiento y libre acción procuraban con empeño, a fin de percibir por él las ocultas realidades invisibles al ojo mortal.

Las reglas de alimentación eran más severas para los discípulos más avanzados o esotéricos que para los oyentes, pues Pitágoras enseñaba que de un sistema alimenticio apropiado, depende en gran manera la eficacia de nuestros esfuerzos en cada ramo de la actividad del hombre, y proponiéndose los esotéricos alcanzar un más alto grado de conocimiento y más intensas y vivas emociones artísticas, correspondíales adoptar alimentos cuya vibración fuese acorde con tales propósitos.

La más perfecta fraternidad regía las relaciones entre los discípulos, y ninguna desarmonía turbaba el libre curso de esa tranquila corriente. Esa sublime utopía de la humana fraternidad, que han predicado los directores espirituales de todos los pueblos en todas las épocas de la historia del mundo, panacea de la mayor parte de los humanos dolores, y luz sacrosanta que ilumina el camino de la redención y del progreso de la conciencia del hombre, y guía la marcha de las naciones hacia la cima de la prosperidad y la dicha, era una realidad viviente en el seno de la escuela pitagórica, como lo ilustran anécdotas por el estilo de éstas:

Ingresaron en la escuela dos jóvenes que estaban seriamente enemistados entre sí, e inmediatamente el menor de

ellos se acercó al otro y le invitó a entregar su contención al olvido. El mayor, conmovido de la magnanimidad de su compañero, accedió en el acto a su solicitud, lamentando no haber sido él, por su mayor edad, quien hubiese iniciado la reconciliación.

Cierta vez viajaba un pitagórico lejos de la ciudad, y habiendo caído enfermo, solicitó hospedaje a un buen hombre que tenía su vivienda a la vera del camino. Este lo acogió cariñosamente y lo atendió con esmero, mas el enfermo agravóse y se sintió morir. No teniendo consigo recursos para pagar la generosa hospitalidad que se le dispensara, escribió en una tablilla ciertos signos y rogó al caritativo campesino que, después de su muerte, la colgara en la puerta a la vista de los transeuntes, y que un día sería remunerada su bondadosa acción para con él.

Después de la muerte del pitagórico, y movido más por la curiosidad que por el interés, hizo el buen campesino lo que aquel le había dicho, exponiendo la tablilla con escritos simbólicos a la vista de los viandantes.

Al cabo de mucho tiempo acertó a pasar por allí un discípulo de la escuela de Pitágoras y en leyendo la tablilla, llamó a casa del buen hombre y le dijo, que puesto que suya era la deuda contraída por su ex-condiscípulo, gustoso quería satisfacerla, y así lo hizo, con asombro profundo del hospitalario campesino.

Otra saliente característica de la escuela pitagórica, que no podía menos de producirse a la luz de aquella magnífica filosofía que de modo tan maravilloso iluminaba los problemas de la evolución, era la igualdad de los privilegios concedidos a ambos sexos, la exaltación de la dignidad de la mujer al nivel que le corresponde por derecho divino, el reconocimiento de los elevados valores que en la economía evolutiva le son confia-

los a ella, y la trascendencia de su misión en la sociedad humana.

Decían los pitagóricos:

"Honor, pues, a la mujer, en la tierra y en el cielo; ella nos hace comprender a la Gran Mujer, la Naturaleza. Que sea su imagen santificada y nos ayude a remontar por grados hasta la Grande Alma del Mundo, que procrea, conserva y renueva, hasta la divina Cibeles que lleva al pueblo de las almas, en su manto de luz".

Bendita comprensión y reconocimiento de la santa misión de la mujer; luminosos conceptos esos de una escuela llena de la Ciencia Divina, en que resplandecían con gloria la Justicia y la Verdad, y que por eso daba a la compañera del hombre las oportunidades mejores para cumplir como ella sabe hacerlo con su ternura y su tacto, el augusto encargo que a su dulce, espiritual y comprensiva naturaleza, ha sido encomendado por los dioses.

Detengámonos unos instantes para mirar cómo conseguía la escuela pitagórica realizar la sublimación de la mujer y consagrarla en el sacerdocio que había de desempeñar para bien del género humano, siendo guardadora fiel del fuego sagrado del Amor.

Lo conseguía preparando sus mentes para la más clara penetración de aquellas fases de la Verdad que corresponde a la mujer revelar en el concierto armónico de la evolución, y ayudándole a desenvolver en su espíritu, intuitivo y sensible, las divinas cualidades que sólo ella sabe manifestar, perfumando con su delicado y suave aroma el ambiente y llenando de dulce y benéfica paz las horas de lucha y de dolor en que su compañero, rendido por el cansancio de la diaria brega, busca a su lado la santa virtud de un amor que consuela, fortalece e ilumina. Preparándola físicamente por el armonioso y saludable desarrollo del cuerpo para el cumplimiento de su misión

magnífica; cultivando sus emociones en las bellas disciplinas del Arte; educando y elevando su mente por medio de sabios ejercicios intelectuales que facilitaban, activaban y purificaban la acción del pensamiento ensanchando el horizonte de sus concepciones; formando su carácter en los moldes de una educación ética que, reconociendo la infinita perfectibilidad de la conciencia humana, mostraba a la mujer que en el afán de mejoramiento se debatía en lucha con la inferior naturaleza, siempre una nueva cumbre que escalar, siempre una bella virtud que conquistar, siempre un nuevo, grande ideal que perseguir.

Lo conseguía descorriendo el velo que ocultaba a sus ojos los divinos misterios de la generación y mostrándole cómo los atributos de la feminidad son el reflejo terreno de uno de los aspectos de la Naturaleza Divina y Eterna que se manifiesta en los mundos; iniciándola en las ocultas verdades con respecto a las raíces del amor, y enseñándola a transmutar la atracción inferior de los cuerpos, en la mística y espiritual unión de las almas; haciéndola sentirse lo que ella es en verdad: un cáliz purísimo y sagrado en que el soplo del espíritu se vierte para perpetuar el divino misterio de la Vida; una lámpara bendita en cuyo seno ha de arder a todas horas el fuego sacrosanto del Amor, que con una pura y apacible llama ilumine la senda de la peregrinación humana y muestre siempre a los hombres el camino que conduce al interno santuario del corazón, donde florecen los afectos más nobles, que engrandecen al hombre y le asemejan a Dios.

Difícil, si no imposible, sería, aún poseyendo la habilidad de que ahora lamento carecer, dar en tan reducido espacio una idea siquiera aproximada, del sistema filosófico desenvuelto por Pitágoras, pero a intentarlo nos ayudarán algunos fragmentos de los hábiles comentaristas de tan complejas como sabias doctrinas.

—Al hacer Pitágoras la exposición de las leyes universales

que rigen la formación, desenvolvimiento y finalidad de los mundos, la causa y objetivo de la evolución de la vida en los sistemas planetarios que por millones gravitan en el espacio infinito, relaciona de modo admirable la vida del hombre y su destino, con esas leyes del universo y de la posición que el ser humano ocupa en ese vasto y deslumbrador esquema de evolución, deduce todos los principios, reglas y direcciones que han de gobernar la conducta de los hombres en armonía con el Divino Plan.

Oigamos a Schuré, uno de los modernos escritores que con mejor inspiración han comentado el pitagorismo, hacer una resumida y brillante exposición de la antropogénesis de aquel sistema, que los pitagóricos llamaban "la historia de la celeste Psiquis":

"Qué es el alma humana? Una parcela de la gran alma del mundo, una brasa del espíritu divino, una mónada inmortal. Mas, si su porvenir se abre en los esplendores insondables de la conciencia divina, su misterioso florecer se remonta a los orígenes de la materia organizada. Para llegar a ser lo que es, ha sido necesario que ella atravesara todos los reinos de la naturaleza, toda la escala de los seres, desenvolviéndose gradualmente por una serie de innumerables existencias. El espíritu que moldea los mundos y condensa la materia cósmica en masas enormes, se manifiesta con una intensidad diversa y una concentración siempre creciente, en los reinos sucesivos de la naturaleza. Fuerza ciega e indistinta en el mineral, diferenciada en la planta, polarizada en la sensibilidad y el instinto de los animales, ella tiende hacia la mónada consciente en esa lenta elaboración; y la Mónada elemental es visible en el animal más inferior. El elemento anímico y espiritual, existe, pues, en todos los reinos inferiores. Las almas que existen en estado de gérmenes en los reinos inferiores, estacionanse allí sin salir de ellos

durante inmensos períodos, y solo después de grandes revoluciones cósmicas, ellas pasan a un reino superior, cambiando de planeta. Todo lo que ellas puedan hacer durante el período de vida de un planeta, consiste en subir algunas especies.

"Dónde comienza la Mónada? Igual sería preguntar la hora en que se ha formado una nebulosa o en que un sol ha lucido por vez primera.

"Sea de ello lo que quiera, lo que constituye la esencia de cualquier hombre ha debido evolucionar durante millones de años a través de una cadena de planetas y los reinos inferiores, conservando en todas esas existencias un principio individual que por todas partes la sigue. Esa individualidad oscura, pero indestructible, constituye el sello divino de la Mónada, en que Dios quiere manifestarse por la conciencia."

Y más adelante:

"La tierra es el último escalón del descenso del alma en la materia, que Moisés llama salida del Paraíso, y Orfeo la caída en el círculo sublunar. De él puede el hombre remontar penosamente los círculos en una nueva serie de existencias y recobrar los sentidos espirituales por el libre ejercicio de su intelecto y de su voluntad. Entonces, solamente, el hombre adquiere por su acción, la conciencia y el poder de lo divino; entonces solamente llega a ser "Hijo de Dios". Y aquellos que sobre la tierra han llevado ese nombre, han debido, antes de aparecer entre nosotros, descender y remontar la vertiginosa espiral.

"Qué es, pues, la humilde Psiquis en su origen? Un soplo que pasa, un germen que flota, una ave batida por los vientos que emigra de vida en vida. Y sin embargo, de naufragio en naufragio, a través de millones de años, se ha convertido en Hija de Dios, y no reconoce más patria que el cielo. He aquí por qué la poesía griega, de un simbolismo tan profundo y luminoso, ha comparado el alma al insecto alado, tan pronto

gusano como mariposa celeste. ¿Cuántas veces ha sido crisálida y cuántas otras mariposa?

"Ella jamás lo sabrá, pero sí siente que tiene alas".

Demasiado lejos iríamos, a dejarnos seducir por el encanto del estudio de ese plan de evolución cósmica, en que se basa la ley de la Reencarnación, única que puede explicar de modo satisfactorio para la inteligencia y para el corazón, las desigualdades humanas, y el humano sufrimiento que de continuo eleva su grito desgarrador al cielo.

Busquemos, pues, al Maestro, entre los grupos de alegres y sosegados discípulos que recorren los jardines de la escuela y oigámosle disertar serenamente sobre las verdades de la vida superior.

"Debéis eliminar, les decía, con el fuego, con la espada, o a como haya lugar, del cuerpo la enfermedad, del alma la ignorancia, de la vida la molicie, del Estado la sedición, y de todas partes la inmoderación".

"Conócete a tí mismo, y conocerás al Universo y a los Dioses".

"Cuidad de cultivar y mantener una tranquila jovialidad siempre, y no estéis unas veces bulliciosamente alegres y tristes otras".

"Expulsad la cólera, la perturbación y el decaimiento del ánimo".

"No es de sabios sorprenderse por las humanas contingencias que no está en nuestras manos evitar".

"Cuando os sintáis agobiados por alguna aflicción o agitado vuestro espíritu por algún apetito malsano o las pasiones sacudan vuestra alma, retiraos a un paraje solitario en donde recobreis la calma y el apacible júbilo habituales, y así no contagiéis a quienes comparten la vida con vosotros".

"Purificad vuestro intelecto e iluminad vuestras mentes en

246356

92
P681C

las disciplinas de los números y de la música, y percibiréis a los dioses”.

Y así discurría el Maestro a todas horas, irradiando sobre las almas de sus discípulos los rayos de su inagotable y esplendente luz, llenando sus vidas de nobleza, de verdad y de paz; elevando sus conciencias a un estado de inconcebible grandeza, y mostrándoles con paciencia y amor los velados misterios de la Sabiduría Divina.

Todos los aspectos del carácter y del desarrollo moral, todas las fases del desenvolvimiento espiritual y cada una de las superiores facultades del intelecto humano, tenían su tratamiento adecuado, y científicamente delineado, en aquel maravilloso plan educativo, cuyo producto era sin duda alguna, un tipo de una grandeza, de un valor, de una pureza y eficacia intelectual, que excedía ampliamente a los mejores resultados alcanzados hoy día por nuestra altiva civilización.

Justo es que en esta rápida y deficiente reseña, nos detengamos un instante sobre el concepto pitagórico del valor, ya que fué una de las cualidades que florecieron espléndidas en aquellos que pasaron por las iniciaciones de esa escuela.

El valor no era considerado allí como el simple resultado del desarrollo del poder de la voluntad, sino como una maravillosa combinación de altamente desenvueltas virtudes de los tres aspectos distintos de la conciencia, combinación que produce un perfecto equilibrio de las internas facultades del hombre, y se manifiesta como una maravillosa armonía de las diferentes tendencias superiores del alma. Como aquella alta condición del espíritu en la que hay bastante Conocimiento para comprender la Sabiduría de la Ley que gobierna la vida en nuestros mundos; bastante Amor para sentir en nuestro corazón la corriente de la Vida Divina que nos hace invencibles cuando trabajamos de acuerdo con ella, y Energía suficiente para presentar con bravura nuestros pechos a las olas del dolor,

que estallarán en espuma al estrellarse contra el poder de nuestra voluntad suprema. Como aquella serenidad augusta que brilla en el semblante del sabio aún en las horas de amargura y de dolor, cuando el huracán ruge amenazador sobre su cabeza y la oscuridad del sufrimiento y la angustia del desamparo parecen ahogar el último rayo de luz ante sus ojos. Como el valor del espíritu, que no es ese movimiento tumultuoso de las pasiones del hombre que sacuden en vibración espasmódica su voluntad contra todo lo que cruce su camino, y hace centellear los relámpagos de su ira sobre aquel que robó su fama o su fortuna, sino aquella otra fuerza, abnegada y comprensiva, que viene, como un rayo de lo Alto, el cual, iluminando su alma, disipe allí todo lo que es débil, egoísta y bajo, tenebroso y vil, y haga de ella lo que debe ser: un reflejo siempre claro y sereno del fuego de Dios, que llene el mundo con la luz de su sabia y compasiva fortaleza.

Este concepto del valor produjo caracteres como los de aquellos diez pitagóricos que, yendo en peregrinación a Metaponto, fueron perseguidos por una guardia del tirano Dionisio, quien quería atraerlos hacia sí por la fuerza, ya que no lo consiguiera por la persuasión.

Los discípulos de Pitágoras, hallándose desarmados, buscaron la salvación en la fuga, pero tropezaron con un campo sembrado de habas y teniendo prohibido por el Maestro, y en virtud de ocultas razones, pisar las habas, hicieron frente a sus perseguidores con palos y piedras, y se hicieron matar antes que dar un paso adelante violando su juramento o caer prisioneros.

Y como el de aquella otra pitagórica llamada Timycha, que amenazada con la tortura por el mismo cruel tirano para que le revelase uno de los secretos de la enseñanza de la escuela, partióse la lengua con los dientes y la escupió sobre la faz del déspota.

Uno de los aspectos más trascendentales de la doctrina

de Pitágoras y quizás el que influyó en una forma más amplia en el desenvolvimiento de la cultura griega durante varios siglos, fué el cultivo de la música.

Mago incomparable del arte del sonido, conocía Pitágoras los más recónditos y misteriosos secretos de la armonía y del ritmo, y sabía llegar hasta la esencia misma de las melodías musicales en aquellos elevados niveles de percepción en que las combinaciones armónicas de las notas, son una viviente realidad para el alma, que más que percibir su belleza, se identifica con ella y la vive, como una de las múltiples y superiores manifestaciones del Ser.

Más que un arte, era la música en sus manos una magia divina que su sabiduría empleaba como elemento de cultura, purificación y disciplina, para el dominio de las bajas pasiones, para armonizar el intelecto y avivar las facultades superiores; para deleitar y sublimar los sentimientos, y para mostrar a sus discípulos, en las armonías maravillosas del sonido, un reflejo de la Suprema Armonía del Universo, que en sus palpitaciones incesantes entona el himno eterno de la Vida Divina.

¿Y dónde pudo hallar Pitágoras el secreto de ese arte exquisito y sobrehumano que abre a las almas que se inician en sus profundidades con pureza y con amor, las puertas de un mundo celestial y divino? Remontándose a la fuente de la eterna Armonía, despertando los sentidos interiores para percibir con ellos "la música de las esferas", que es la gran Sinfonía de la Naturaleza.

El pudo percibir, en la quietud de sus éxtasis, ese canto indescriptible de los orbes que ruedan en la inmensidad del cosmos con velocidades inconcebibles y exactitud matemática, siendo su ritmo la gran melodía de la Vida Universal que evoluciona en ellos, para confundirse un día en el seno de Aquella

Divina Causa de donde emanó y unificar su conciencia con la conciencia infinita de Dios.

Pitágoras usaba la música para producir en quienes la oían, los resultados más variados y asombrosos. Unas suaves y dulces melodías restituían la serena calma de un discípulo agitado por la turbulencia de una pasión; la alegría y el júbilo iluminaban de nuevo el semblante de uno a quien la tristeza invadiera, cuando escuchaba los gozosos acordes de una composición apropiada; música para activar las facultades razonadoras del intelecto a fin de arrancar los secretos al número; música para ayudar en las abstrusas investigaciones de la verdad filosófica o para devolver la paz a un alma sumida en la turbación y la congoja; música suave y llena de místico sabor para invitar a los devotos corazones a recogerse en sí mismos y escuchar con santa unción la silenciosa voz del alma; música para matar los torpes deseos de la carne y mostrar a la conciencia los internos valores de su espíritu eterno, inmortal.

Iba en cierta ocasión un muchacho tauromenio encendido en un acceso de celos, producido, según juzgó Pitágoras, por una música frigia que ejecutaba un flautista campesino que acababa de escuchar. Tal era la excitación de ánimo del joven, que intentaba poner fuego a la casa de su amante, sin que pudiese calmarlo la dulce voz de Pitágoras que en vano lo intentó. Viendo éste la imposibilidad de apagar el arrebato del muchacho, pidió al músico que ejecutase una melodía espondaica que él le indicó, e inmediatamente la furia del celoso joven se desvaneció y trocóse en su habitual mansedumbre, encaminándose, alegre y sereno hacia su casa.

A esas disciplinas musicales llamaba "purificaciones", y las empleaba con más frecuencia en verano.

Para utilizar el encanto de la música en su mágica influencia sobre las emociones, llenando de una dulce alegría los corazones, hacía que un grupo de sus discípulos formasen en círcu-

lo, mientras uno, colocado en el centro, ejecutaba en la lira bellos trozos compuestos al efecto por Pitágoras, llenando las almas de sus oyentes de armonía y de paz, que enseguida se revelaban en los semblantes, iluminados por una dulce, tranquila y bella expresión.

Fué Pitágoras quien, en laboriosos experimentos, descubrió varias de las medidas musicales más importantes de ese arte, y pudiera decirse que usaba la música en un sentido trascendente, ya que, lo mismo que con las ciencias, la filosofía y las otras bellas artes, puso la magia del sonido al servicio del desenvolvimiento de la conciencia, de la formación del carácter, de la purificación y desarrollo de la mente, y del progreso espiritual de los hombres.

Y esto, porque el pitagorismo no reconoce diferenciación alguna, en los internos reinos de la conciencia humana, entre la armonía subyugadora del Arte y la armonía divina del Bien. La Belleza y la Virtud son, en los más altos niveles de la Inteligencia y del Sentimiento, dos fases de la Eterna Armonía del Espíritu de Dios, del cual hay un viviente reflejo en el humano ser. Y así como la escala de los sonidos y la gama del color tienen un origen común y una relación de correspondencia en los ocultos dominios de la vibración, y de la misma manera que las diversas artes son solo manifestaciones variadas de la Armonía Una que se expresa ya en forma, ya en sonido o en color, así el rayo simple de la Vida Divina se quiebra, al atravesar el prisma de la Ilusión, en las Tres Grandes Luces de la Belleza, la Sabiduría y el Poder.

Otra de las fases del pitagorismo que de un modo extraordinario impulsó el adelanto de los pueblos, y que aún brilla en algunas de las instituciones de que nuestra civilización se enorgullece, aunque hace siglos perdiera su prístino esplendor, fué la doctrina política. Creemos que puede decirse con verdad, que nunca mente humana fué iluminada por un concepto más

justo y recto, más puro y hermoso, más sano perfecto de la constitución de un Estado, que el que formaba parte del sistema de Pitágoras.

Conocedor del Plan Divino de la Evolución Universal y de las leyes eternas que rigen el desenvolvimiento de la Vida dentro del esquema evolutivo, no podía menos que aplicar, con el esplendor de su sabiduría, ese conocimiento de la humana naturaleza y condición y de la Divina Ley, a sus concepciones sobre la organización y régimen de la sociedad humana.

De su escuela salieron los más ilustres legisladores que fueron el orgullo de la Grecia y sus luces llenaron pronto todos los Estados, que reconocían como un privilegio tener por legislador a un pitagórico y no omitían esfuerzos para atraerlos a su seno y confiarles alguna dirección política.

Y cual fué ese concepto luminoso de la organización de un Estado, que Pitágoras proclamó como la salvación política de una sociedad y único régimen que se acuerda en todos los tiempos y para todas las razas, con la Ley de la Evolución Universal y con la perfecta armonía que gobierna la marcha de los mundos y de los seres a través de las diversas etapas de su desarrollo, hasta alcanzar un día la perfección suprema?

No fué el concepto del Estado en que las clases privilegiadas por los recursos de la inteligencia y del poder, se erigen en gobernantes de un pueblo para que éste deposite los tributos de su esfuerzo y el homenaje de su culto a los pies de un trono que ni la virtud consagra, ni el talento sostiene.

No fué el concepto de una aristocracia de la sangre que se instituye en directora de los destinos de un pueblo cuyos intereses ignora, cuyas inquietudes desconoce y cuyas miserias no conmueven las fibras de su frívolo corazón.

Pero tampoco fué el ideal pitagórico la democracia en la forma que ogaño se practica, quizás como la lógica reacción contra el absolutismo que ayer oprimió inconsideradamente

los derechos humanos, y la cual, aunque deslumbre con el espejismo de una reivindicación de las multitudes, antes defraudadas, constituye sinembargo la negación de la gran ley universal de la desigualdad entre los hombres.

Cualesquiera que sea el campo de nuestra observación, siempre tropezará nuestra vista con las constantes diferencias de capacidad, de comprensión y de moralidad, que nunca podrán justificar el lema de la Igualdad, proclamado por el moderno credo democrático en que han soñado ver la redención política, la mayoría de las naciones, y que únicamente sustituye la opresión del absolutismo despótico por la bien intencionada pero no menos opresiva gestión administrativa de los elementos no capacitados, a quienes el número y no la sabiduría, inviste con el privilegio de la autoridad legislativa, o confía las serias responsabilidades de la dirección de las arduas cuestiones que envuelve el gobierno del Estado.

La base sobre la cual asentaba Pitágoras su doctrina política era el perfecto reconocimiento por aquellos a quienes su mayor capacidad intelectual y moral coloca en los superiores peldaños de la escala de las posibilidades humanas, del deber, imperativo e ineludible que sobre sus fuerzas pesa, de convertir su conocimiento en la luz de los más ignorantes, su virtud en ejemplo de los extraviados, su fortuna en el bienestar de los menesterosos y su poder en la protección de los débiles. El ideal de la escuela pitagórica se remonta hasta un punto de insuperable grandeza cuando consagra de modo incuestionable, el derecho supremo e indiscutible de los individuos más atrasados y menos conscientes de la sociedad, a la ayuda y apoyo con que los más aptos y mejor dotados levanten, con eficacia y con amor, el nivel de su humana condición, y despierten en sus almas las dormidas facultades que allí subyacen ocultas, esperando la ocasión de desenvolverse y revelarse. Esto está maravillosamente expresado en el precepto de que "lo único en que

los gobernantes deben superar a los demás hombres, es en su mayor comprensión y amor a la justicia" y que "jamás habrán de jurar en el nombre de los dioses, sino que, siendo sus vidas llenas de rectitud y de bondad, deberán así inspirar la confianza y el respeto a quienes dirigen".

Conceptos que se presentan a nuestras mentes como destellos magníficos de la Sabiduría Divina y que serán un día sin duda parte en la redención de la raza humana, que hoy se agita en la inquietud de su desorientación, sin comprender que no hay fundamento alguno eficaz para la sociedad humana, si no se establece en armonía con las divinas leyes de Amor y Sacrificio, que son las que rigen la evolución de los seres y de los mundos.

Quedan aún varios aspectos de la filosofía de Pitágoras, los cuales no me es dado reseñar siquiera, sin traspasar el límite que he fijado a estos comentarios, llenos de las deficiencias que no podían menos de ocurrir dada la pobreza de mis recursos con relación a la grandeza del tema que escogí, quizás en la esperanza de que ésta última supliere en parte a la primera.

Son ellos: el Simbolismo y el Número. Pero abrigo la esperanza de que algunos de los demás miembros de esta Sociedad, con la riqueza de sus conocimientos y su generoso afán de derramar la luz, nos darán un día la ocasión de oír algunos luminosos comentarios sobre esas líneas de la escuela pitagórica, que también han sido parte de las enseñanzas de los Sagrados Misterios, que en todas las edades han iniciado a los hombres puros y sedientos de verdad, en los sublimes arcanos de la Ciencia Divina o Teosofía.

Dice Jámblico que el Maestro, al acercarse al año centésimo de su edad, y viendo que su cuerpo, ya gastado por el incesante trabajo a que su voluntad siempre activa lo tuvo sometido durante tan largo tiempo, comenzaba a flaquear y no podía ya ser más un instrumento eficaz y útil de sus activida-

des, lo abandonó un día para volver a los dominios del espíritu, de donde había venido a traer al mundo su mensaje luminoso de mejoramiento, de verdad y de amor, del mismo modo que un músico deja caer de sus manos la lira que, ya rota, no responde más a las pulsaciones de su mano para dar al aire las bellas melodías concebidas en el fondo del alma.

Por espacio de 39 años dirigió el Maestro su escuela y los discípulos que en el seno de ella habían adquirido el Conocimiento y visto abrirse sus almas a una condición más alta, llena de un claro concepto de la Vida y de las cosas y aprendiendo a percibir las realidades trascendentes que se esconden tras el velo de la forma; que habían profundizado en los arcanos de la Ciencia y en las excelsitudes del Arte y se habían capacitado así para ser centros de armonía, de verdad y de dicha, se esparcieron por todos los pueblos llevando consigo: la recta y pura aplicación de la Justicia y los más pujantes impulsos de progreso y de orden, a la administración de los negocios públicos en que los hacían intervenir; las más austeras, moderadas y hermosas costumbres a la vida del hogar, que era para ellos un santuario donde a todas horas se oficiaba en los altares del Amor, del estudio y del trabajo; la fraternidad y el espíritu de cooperación a la vida social y la luz resplandeciente de su vigorosa y trascendental filosofía a las escuelas, en donde las mentes de la juventud, ávida de Verdad, se entregaban con esfuerzo y con amor a la investigación profunda.

Muerto el Maestro, el impulso dado por su sabiduría al adelanto de los pueblos por la Filosofía, la Moral y el Arte, persistió durante mucho tiempo, promoviendo el progreso de la cultura en sus diversas fases y así, es incalculable la trascendencia de la obra prodigiosa de Pitágoras, e inconcebible su influencia sobre el curso del pensamiento humano a través de las edades que han seguido a su presencia en el mundo.

Y dondequiera que la Humanidad ha sido atraída por un

noble y altruista propósito, iluminada por un brillante y redentor ideal o impulsada por más claras y poderosas orientaciones intelectuales, ha podido verse, más o menos velada, la influencia artística, ética, política o filosófica de aquella gloriosa civilización griega, cuya culminación espléndida debió gran parte de su cristalización a la escuela pitagórica.

Pero es más, al debatirnos hoy día con los complicados y difíciles problemas de la vida social y política, que reclaman una pronta solución para que la sociedad humana disfrute del bienestar y la paz que ansiosa busca, y necesita, al tratar de hallar una forma para la estructura de nuestra civilización, que contemple y satisfaga a las diversas clases que entran en la constitución del Estado, y un fundamento sólido y estable en el que pueda descansar la prosperidad de las naciones dentro de un ambiente de libertad, de paz y de progreso, y una fórmula de conciliación y arreglo entre los múltiples intereses que se juzgan antagónicos y luchan todos en desacorde afán; al buscar un sistema de encauzar con provecho las tendencias espirituales de las gentes que, buscando al Dios de Amor se extravían en un mar de pasiones y religiosas penden-
cias, tenemos forzosamente que volver nuestras miradas hacia aquellas antiguas concepciones de la Vida y de la Verdad; hacia aquellas doctrinas arcaicas que enseñaban al hombre las leyes que gobiernan la Evolución; hacia aquella Sabiduría Divina o Teosofía, pletórica de conceptos trascendentales, de ideales brillantes y de divinas virtudes, y única que puede dar la solución salvadora para los males que oprimen y atormentan nuestra civilización, porque es la única que reconoce la unidad de todos los hombres por su esencia, por su origen y por su destino; porque es la única que proclama de un modo efectivo la Fraternidad humana basada en la Ley de la Evolución Universal, en virtud de la cual todos los hombres marchan; unidos

por los lazos de su naturaleza común, hacia la suprema realización del divino ideal.

Pero ese brillante mensaje que trajo Pitágoras al mundo hace 25 siglos para auxiliar el progreso evolutivo de los pueblos, ha sido dado por los Augustos Seres que rigen la evolución del Universo, en épocas diversas, cada vez que las naciones necesitaron una ayuda de lo Alto; ha sido proclamado siempre por los Grandes Iniciados, como Krishna, Buda, Hermes, Cristo y otros más, que han vertido sobre la humanidad el agua viva de la Sabiduría Divina para calmar sus dolores y apagar su sed de Justicia y de Verdad, y hoy aparece otra vez a nuestros ojos, en una forma nueva, como dorada aurora que esparce sus destellos en Oriente, y que pronto inundará nuestras almas en su inefable, sempiterna luz.

La Teosofía y la Educación

Conferencia leída en la Logia "Virya" de la Sociedad Teosófica, en San José, Costa Rica, el 30 de Agosto de 1926, por Mariano L. Coronado.—M. S. T.

Un sentimiento de profunda y vigorosa esperanza, de confiado optimismo nos llena, al contemplar cómo el espíritu del hombre marcha con vertiginosa rapidez, avanzando cada hora en su carrera noble de victorias y de triunfos hacia la meta gloriosa de un divino ideal, que ha de ser la coronación de las más altas, de las más puras, luminosas y bellas aspiraciones del intelecto y del corazón humanos. En una época de la vida de los pueblos, florecen magníficas las conquistas del Arte, y la inspiración parece alcanzar con Fidias y Homero, los divinos arquetipos de belleza insuperable; en otra, la organización política y el recto imperio de la ley marcan un señalado y espléndido progreso de la conciencia humana, en la justa y armoniosa constitución de un sano régimen social: Roma se yergue majestuosa ante el mundo sobre el inmovible pedestal de sus leyes, que serán normas para la sociedad humana durante siglos futuros; en otra, el espíritu religioso de una nación surge potente y creador, lleno del más puro y austero

misticismo y erige artísticos y admirables santuarios que, como la cristalización de las aspiraciones de la fe en lo Supremo, darán testimonio a las posteridad del esplendor de una religión que plasmó la mejor parte de la cultura de un pueblo: la India da al mundo una civilización prodigiosa, cuyas escrituras sagradas han de ser fuente viva de verdad científica, mística y filosófica, en la que habrán de beber su inspiración los hombres pensadores en edades por venir.

En nuestra época presente, que marca el florecimiento de la raza teutónica, la característica de la evolución es el avance rapidísimo de la ciencia, que investiga en los más recónditos e intrincados procesos de la vida en la Naturaleza, descubre leyes que sirven de base a un cada vez más perfecto acondicionamiento de la vida humana, y promueve una era de progreso material no soñado antes. Y esto hace posible un libre desenvolvimiento de la civilización y cultura que alcanzan, con el periódico y el libro, con la higiene y el radio, con la electricidad y los medios de rápida locomoción, un estado de prosperidad asombroso. A los pacientes y abnegados investigadores, que con las fatigas y empeñosos esfuerzos de su estudio y con largos desvelos pasados en el laboratorio, están iluminando la mente del mundo, deberá la humanidad sin duda, una inmensa porción de su adelanto evolutivo.

Y en este resurgimiento, en esta renovación universal que presenciamos, en que cada día nuevos valores aparecen en los diferentes departamentos de la cultura humana, a sustituir viejos y ya trascendidos valores; en este movimiento rapidísimo de la hora actual, que es elocuente presagio del hermoso despertar a una más alta y más bella civilización, cuyos albores no más son ya bastante claros para permitirnos vislumbrar, llenos de esperanza y de gozo, el brillo estupendo de aquel día en que la colectividad humana se asiente sobre bases más sólidas y más conformes con la finalidad y propósito

de la existencia misma, vemos aparecer en el mundo, enviada por la Gran Fraternidad Blanca que siempre ha velado por el adelanto de la raza humana, a la Teosofía, la Sabiduría Divina, que en diferentes épocas de la vida del mundo ha venido a dar un nuevo impulso al progreso, un nuevo estímulo al hombre necesitado de especial auxilio para dar un paso adelante en su carrera de perfeccionamiento a través de las edades.

Esa misma sabiduría arcaica, predicada en épocas pretéritas de la historia, por los grandes Seres que han venido al principio de cada civilización a enseñar a los hombres sus profundas verdades, para moldear con ellas nuevas y más sabias instituciones y a despertar las mejores energías del sentimiento y del intelecto, latentes, como divinos gérmenes en la naturaleza de los pueblos, es la que se imparte hoy con el nombre de Teosofía y que una vez más viene a iluminar los misterios de la Vida y a orientar las conciencias de los hombres hacia las más altas finalidades, de acuerdo con el gran Plan de la Evolución Universal.

Y así como en el pasado supo ella ennoblecer a los hombres y exaltar su dignidad y valor en los diversos espectos de la vida, y darles normas eficaces y sabias para profundizar en la indagación de la Verdad, cuando brotaba, abundante y cristalina, de los labios de los Maestros de la Sabiduría, así hoy se nos ofrece de nuevo trayendo la solución a difíciles problemas de orden social, político y religioso, y mostrando nuevas avenidas de progreso para la filosofía y la ciencia, destruyendo viejos y embarazosos prejuicios que son la herencia lógica de épocas pasadas y dando nuevos rumbos al espíritu inquieto, investigador y sediento de nuestra civilización moderna.

Los tres conceptos fundamentales de la Teosofía, y que han formado siempre parte, más o menos velados, de todos

los grandes sistemas religiosos del mundo, a saber: la Evolución Universal, la Reencarnación y la ley retributiva del Karma, son bases eficacísimas para el reajuste de las ideas que forman la armazón de nuestra cultura presente y están destinados sin duda a dar a la sociedad humana nuevas pautas de costumbres, nuevos ideales de vida y nueva visión de las cosas, contribuyendo así al mayor perfeccionamiento de las condiciones en que el hombre desenvuelve las cualidades de su mente y los poderes de su alma inmortal. La aplicación del conocimiento de tales leyes básicas y de sus lógicas derivaciones, confirmadas por la intuición y aún a veces por la ciencia misma, a las diversas fases de la vida y del desenvolvimiento humanos, está abriendo para el mundo nuevos canales de progreso, por cuanto esos postulados filosóficos contemplan con nueva luz la organización del Universo y del hombre, y satisfacen más plena y ampliamente las necesidades de su compleja estructura y de su finalidad última.

Al reconocer la Teosofía que la humanidad posee, en estado potencial o latente, posibilidades y poderes trascendentales que se encuentran en proceso de actualización, a través de una larga serie de experiencias múltiples, y que un día culminará su evolución gloriosamente, al alcanzar la meta ideal de una divina perfección acorde con el arquetipo trazado de antemano por la Sabiduría Suprema, presenta nuevos y brillantes objetivos a la aspiración humana en los campos de la Ciencia, del Arte, de la Filosofía, de la Religión, de la Vida Social, y como consecuencia, de la Educación, que está íntima e intrínsecamente relacionada con todos los aspectos de la manifestación del espíritu del hombre, pues, según la frase de Platón, "la educación es co-extensiva con la vida".

Veamos, siquiera sintéticamente, la influencia y el auxilio valiosísimos con que la Teosofía, claramente comprendida

y eficazmente aplicada, favorece el ejercicio de la ciencia, que también es arte, de la educación del hombre.

Conviene advertir que algunas de las direcciones dadas por la Teosofía a las labores educativas, forman parte de las tendencias de algunos sistemas ya en práctica, y en esos casos es quizás de interés para quienes tales orientaciones patrocinen, conocer su relación con las enseñanzas teosóficas y el lugar que les corresponde dentro del plan de esas doctrinas. Tal ocurre, por ejemplo, con el sistema de Madame Montessori para la educación de la infancia.

Detengámonos un momento a considerar el valor y la importancia que todo cuanto forma parte de la educación tiene desde el punto de vista teosófico. La Teosofía considera al hombre como un ser que se encuentra en proceso de evolución; un fragmento de la Vida Divina, que pasa a través de todas las formas de los reinos de la Naturaleza, a fin de adquirir en ellas experiencias diversas que actualicen sus ocultos poderes; como un espíritu inmortal encarnado en un cuerpo, reflejo del Divino y creado a imagen de la eternidad de Dios, que posee en estado latente los atributos del Supremo, los cuales va actualizando lenta pero incesantemente en su larga evolución; lo considera, por tanto, como una entidad espiritual que se halla en estado de desenvolvimiento evolutivo cuya culminación de inconcebible grandeza se pierde para nuestras mentes en el fulgor de una divina excelsitud; como un ser de perfectibilidad ilimitada que recorre la escala de su desarrollo cumpliendo, en el largo curso de ciclos incontables, el mandato divino que repitió Jesús cuando de sus labios de niño brotó como un himno de esperanza, aquella frase que entraña la más dulce y hermosa promesa para el alma del hombre: "Sed perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto".

El reconocimiento, como una verdad, de ese postulado

teosófico de la evolución universal, cuya proclamación, más o menos velada, se puede ver en todas las escrituras sagradas del mundo, presenta de modo diáfano el significado de la frase de Platón. La educación es coextensiva con la vida porque la labor de quien tiene sobre sí las espléndidas responsabilidades de educar, ha de tener por objetivo ayudar al niño a aprovechar las situaciones que el destino de su vida le ofrezca, para desenvolver los poderes de su espíritu, que es cumplir el propósito de la existencia; a actualizar de modo eficaz y constante las facultades de su naturaleza interna y divina, llamando a la actividad las luces de su mente, los profundos sentimientos de su corazón y las potencias activas de la voluntad creadora; ha de enseñar al educando a usar de su personalidad, cultivándola y sometiéndola al imperio de su naturaleza superior, como un elemento al servicio de su evolución y de la evolución del mundo; auxiliarle para que reconozca oportunamente los diversos elementos de experimentación que el mundo pone a su alcance, para que, haciendo de ellos el uso más sabio y provechoso posible, pueda conseguir la mayor expansión de su conciencia; ha de ser, en fin, relacionarle, con amor y con sabiduría, al medio en que vive, haciéndolo consciente de los múltiples deberes que su condición le impone dentro del Divino Plan y al mismo tiempo de los magníficos privilegios que forman el patrimonio de la raza humana, conforme a los designios que gobiernan el esquema de la evolución universal.

La educación ha de ser, pues, un proceso paralelo y semejante al largo proceso de desenvolvimiento de la conciencia; un proceso que se desarrolla dentro del conocimiento de las verdaderas necesidades del espíritu humano con arreglo a la finalidad de la vida, y sin dejar de tomar en cuenta ni por un instante, que las limitaciones y capacidades intelectuales, psíquicas y morales de un niño, son la resultante de su

pasado, el cual, no por hallarse sumergido en una bruma inextricable para nuestra visión presente, deja de ser una verdadera y positiva realidad de su ser.

Considerando, pues, el trabajo del educador a la luz del reconocimiento de una Ley de Evolución que rige el universo, se convierte en una misión nobilísima y sagrada, cual es la de esculpir, en el espacio y en el tiempo, sobre el alma plástica del niño, el modelo del más alto ideal del ciudadano y del hombre, así como el Divino Artífice moldea, en el seno de la eternidad, el alma de los mundos, según el arquetipo de belleza suprema que la Mente Infinita concibiera.

Por otro lado, el reconocimiento de que cada hombre es una parte de la Gran Unidad que evoluciona desarrollando y expandiendo los poderes ocultos en el fondo de su ser, una fracción del la gran alma Universal que adquiere constantes experiencias a través de las múltiples personalidades que son sus parciales medios de manifestación y progreso, pone de manifiesto la necesidad de adoptar sistemas educativos que propendan a desenvolver en el niño, al mismo tiempo que su conciencia individual y aislada, contemplando las necesidades de sus peculiares modos de ser y de sentir como un ser separado, la más amplia conciencia colectiva, a la que está relacionado por la íntima constitución del Universo. Ese conocimiento muestra que es preciso cultivar en el niño la comprensión, y más que comprensión, la interna realización de esa gran verdad, de que su espíritu inmortal y eterno no existe con el propósito de almacenar cualidades y beneficios para su personal ventaja, en un mundo de unidades separadas, sino con el más alto fin de adquirir, por el contacto con el mundo externo, en mil formas diversas y en circunstancias siempre cambiantes, de acuerdo con el inmediato objeto de la evolución que en él se cumple, experiencias que habrán de ser luego transmutadas en facultades y capacidades reales que serán

aprovechadas por el Gran Todo espiritual de que él forma parte. Y esto equivale a decir que un sistema de educación basado en ese conocimiento, ha de tratar de despertar en el niño la más clara y amplia conciencia de que sus relaciones con el mundo están determinadas, en primer lugar, por un vasto conjunto de deberes a cuyo cumplimiento están en todo momento reatados los poderes de su individualidad y que sólo en la más perfecta y abnegada ejecución de la parte que le está asignada como una unidad en el gran esquema evolutivo, podrá hallar una íntima y espiritual satisfacción; que su felicidad depende, más que de circunstancias y situaciones externas, de su interna actitud hacia la Ley y de la forma cómo se coloque en armonía con el Todo a que pertenece, viviendo para el mundo y no para sí mismo; ha de tratar, en fin, de hacer hombres que cifren su más completa dicha y su más cabal complacencia en dar la ayuda de su talento, de su acción y de su alma, a la familia que el destino providencial ha puesto bajo su protección y amparo, a la sociedad en que viven y a la Humanidad entera; ha de tratar, en una palabra, de formar hombres justos y ciudadanos conscientes. Y este es sin duda alguna, el aspecto más brillante y más bello del concepto teosófico sobre la educación del hombre, ya se le mire desde el punto de vista utilitario, ético o filosófico, porque coloca la vida social sobre la base sólida, incommovible, del amor, de la cooperación y del sacrificio.

Notemos ahora de qué manera esclarece los problemas educacionales la ley de la Reencarnación, presentada por la Teosofía como secuela de la ley de Evolución y como su forma de funcionamiento, y de cuya verdad no es difícil hallar evidente testimonio en los libros sagrados de los pueblos, así como en nuestra propia conciencia, cuando examinamos serenamente y a la luz de una fé en la Justicia Inmanente, las

aparentemente injustificadas actitudes del destino de los hombres.

La ley de la Reencarnación nos muestra cómo el niño a quien su suerte ha traído bajo nuestra influencia de educadores o de padres, tiene tras de sí una larga serie de existencias pasadas, en las cuales ha atravesado por innumerables y diversas experiencias que han producido su actual modo de ser y que todas las modalidades de su pensamiento y de su emoción obedecen fatalmente a la amplitud de capacidad lograda en su peregrinación por el mundo a lo largo de los siglos.

Fácil es imaginar hasta qué punto ese conocimiento de la ley de Reencarnación ha de ensanchar los límites de la tolerancia en el educador hacia las debilidades y propensiones viciosas del niño, al cual él no podrá considerar más como un elemento de plasticidad ilimitada ni tampoco como un individuo de incorregibles tendencias, sino que buscará entre ambos extremos el medio razonable que se acuerde, por un lado con las restricciones dimanantes del nivel de evolución alcanzado, y por otro con las enormes posibilidades de desenvolvimiento que dan maravillosa elasticidad al carácter, cuando se le influye con el poder de la inteligencia unido a la magia de la simpatía.

El conocimiento de la Reencarnación como una ley que regula el progreso de la Humanidad hacia una finalidad ideal, enseña al educador que el niño que está a su cuidado no es una plancha en blanco sobre la cual puede grabarse al antojo cualquier forma de cultura intelectual y moral, sino que es una entidad que trae consigo una serie de características propias, en las diversas fases de su conciencia, y las cuales constituyen el resultado de su desarrollo evolutivo en cada una de las líneas a que ellas están relacionadas, formando la base de personalidad humana sobre la cual el esfuerzo del que educa ha de construir, no tratando de imponer sus pro-

pías y personales tendencias al niño con la mira de hacer de él lo que su mente concibe como el modelo deseable, sino ensanchando las cualidades innatas de índole sana, con paciencia y comprensión y reprimiendo las tendencias extraviadas con los medios más propios.

Y esto nos lleva a otro punto esencial, a saber: que puesto que un niño es siempre diferente de otro por lo que hace al nivel de su desarrollo en los distintos aspectos del carácter, y al volumen y alcance de sus capacidades, que están en relación con su progreso evolutivo, la educación ha de ser individual. Los sistemas y métodos han de ajustarse a los requerimientos del niño y no el niño a las disciplinas y moldes de sistemas establecidos, ya que en esto no cabe la aplicación del procedimiento de contemplar un término medio tan absurdo como arbitrario. Sólo el estudio cuidadoso de cada individuo podrá determinar las necesidades de su educación, con arreglo al crecimiento alcanzado por él en el curso de su propia evolución a través de múltiples vidas.

¿Y de qué manera constituye una luz para los problemas del educador el conocimiento de la ley de Karma, esta ley de Justicia distributiva, en virtud de la cual cada uno recoge solamente aquello que siembra, y que tiene su más estable fundamento en la conciencia del hombre, que en todos los estados de civilización intuye la existencia de una ley de Justicia perfecta y suprema a cuya acción ningún ser puede sustraerse, y la cual provee a las necesidades del desenvolvimiento de cada individuo, según su estado de desarrollo, y distribuye las experiencias siempre teniendo como objetivo su mejoramiento y progreso?

Apliquemos a la labor de formar el carácter de los jóvenes esa verdad de que el hombre es el único y soberano dueño de su propio destino si con voluntad entera se pone en armonía con las leyes que regulan la Vida, sin que un po-

der arbitrario e invisible fije al capricho su sino; enseñémosles que su existencia presente es la resultante de las fuerzas que, hacia el mal o hacia el bien, puso en movimiento su libertad de ayer; que el dolor que maltrata sus pies al recorrer el sendero de la vida es la justa, inevitable reacción de los pasados yerros y que el esforzado aprovechamiento de oportunidades y ventajas presentes acrecentará esas ventajas y mejorará esas oportunidades en épocas futuras, y haremos así hombres libres, llenos del poder de su espléndida libertad intrínseca, que no remiten a externas intervenciones los éxitos de su vida, sino que confían plenamente en el vigor de las facultades de su corazón y de su mente; haremos hombres que, como aconsejaba Herbert Spencer, "sepan gobernarse a sí mismos sin necesitar de las normas de una externa y ajena disciplina"; porque ellos sabrán entonces que la verdadera libertad no es un mito, sino una espléndida realidad en la existencia humana, pero que esa libertad sólo surge cuando el hombre acuerda sus pensamientos y sus actos con el Divino Plan, y cumple voluntario los sagrados deberes que la Ley le impone para consigo, para con la Vida y para con los hombres.

Así pues, el educador que conozca la ley de Karma o de la Justicia Inmanente, en todo el curso de su labor, procurará formar en el carácter del niño dos profundos y valiosos conceptos paralelos, que elevarán en él su dignidad de hombre y realzarán su condición moral: el de su propia responsabilidad proveniente de la identidad de su destino con el destino del mundo y el de su propia, innegable libertad interna, que dimana de la esencia eterna, inmortal y divina que constituye el alma de su vida y el núcleo de su ser.

Poderosa ayuda ofrece también para un eficaz cumplimiento de las tareas educativas, la enseñanza teosófica de que el hombre es un ser espiritual que actúa simultáneamente en tres mundos: el físico, el emocional y el mental, con los cuales

se relaciona por medio de tres cuerpos correspondientes, que son capaces de percibir en mayor o menor escala, según el estado de evolución de cada sujeto, las vibraciones o estímulos que de cada uno de ellos les llega, en forma de contactos sensorios, de emociones y de pensamientos y que poseen también la facultad de responder a ellos. Este conocimiento hace luz clarísima sobre la forma de preparación que debe darse a cada uno de los vehículos en que actúa la conciencia del niño y la disciplina y adecuada educación que a ellos debe procurarse a fin de que, desde las primeras etapas del crecimiento, cuando precisamente comienzan a moldearse y las bases de su eficacia futura se construyen, reciban el debido tratamiento y puedan irse gradualmente convirtiendo en instrumentos dóciles y eficientes, al servicio del verdadero yo y cooperando a su progreso. Ese conocimiento ayuda a determinar el valor de la educación física y el lugar que le corresponde en la evolución individual como disciplina de armónico desarrollo para una constitución bella y sana, no con el extraviado propósito de producir excesivas fuerzas musculares que asemejen el hombre a un ser irracional, sino como el método de moldear y conformar los cuerpos jóvenes de la raza de suerte que lleguen a ser un hermoso y puro exponente de la cultura humana, bello reflejo de las internas grandezas y de los superiores poderes espirituales a los que sirve de medio de expresión en el mundo externo, así como un vehículo vigoroso con cuya eficaz ayuda pueda el hombre realizar cumplida y dignamente la misión noble y sagrada de mejorarse a sí mismo y de exaltar y embellecer la vida de los otros.

Esa enseñanza nos capacita para comprender el delicado y sutil mecanismo del funcionamiento emocional de los niños; la necesidad de proporcionarles el tratamiento propio durante la época en que el cuerpo de las emociones se forma, para que sea más tarde un instrumento equilibrado y vigoroso, y nos

señala de modo preciso y admirable la manera cómo debemos tratar, a través de las varias fases del proceso educativo, ese aspecto del crecimiento del niño que se relaciona con su vida emocional, a fin de ahogar, con acierto y comprensión, las tendencias viciosas de su naturaleza moral y emotiva y de estimular sabia, paciente y oportunamente el crecimiento y desarrollo de todo lo que en él haya de puro y generoso, de abnegado y de noble, de espiritual y divino; cultivar allí con amor y dedicación todos los gérmenes de virtudes y cualidades excelsas que así florecerán un día en su alma como bellas y perfumadas flores de la vida superior, que es la perfecta y acabada expresión del espíritu inmortal y eterno que mora en nuestro interno ser.

En la parte que se ocupa de la mente y del mundo mental, esta enseñanza pone en manos del educador recursos de valor extraordinario para el esclarecimiento de difíciles problemas del desarrollo intelectual del niño; muestra las más apropiadas formas de dirigir ese desenvolvimiento y señala las condiciones que deben, en todo momento, rodear su vida mental. El amplísimo estudio que sobre el pensamiento, su mundo y su vehículo, forma parte de la enseñanza teosófica, y del cual aparecen constantes comprobaciones en los diarios avances de la ciencia, coloca al educador en situación especialmente ventajosa para realizar con éxito su tarea de formar el carácter y de preparar intelectualmente al niño para entrar en la vida activa con probabilidades de vencer; da normas de utilidad constante durante el curso de la educación, cuyo uso ha de redundar, sin duda, en un más perfecto y armonioso desarrollo de las facultades mentales, y además determina los cuidados constantes que en ese sentido deben formar parte del plan educativo para el mayor provecho de la labor que se realiza. Al estudiar la Teosofía las fuerzas mentales del hombre y su actuación en el ambiente, así como la constitución y funcionamiento del

vehículo que las produce y el medio en que ellas trabajan, da una de sus más preciosas contribuciones a la psicología educacional y aporta a la ciencia de la educación elementos trascendentes que afirman el concepto de que al par que es ciencia, y profunda, es ella un noble apostolado, que sólo lo ejercerán cumplidamente quienes en ello empenen, junto con las facultades de un talento comprensivo y cultivado, la virtud de un recto y honrado corazón. Porque, si, como la Teosofía enseña, nuestra mente es un centro de energías que crean o destruyen, de fuerzas pujantes que se esparcen en torno nuestro, llevando lo que en ellas puso nuestra alma: vida o muerte, luz o sombras, paz o guerra, fecundos pensamientos auxiliares o dardos ponzoñosos que atosigan el corazón ajeno, dicho está que nuestra intervención más o menos eficaz y consciente en las vidas que a nuestro lado transcurren, es un hecho constante; que en la malicia o rectitud con que nuestras acciones son juzgadas, en la perversidad o benevolencia con que se nos trata, en la compasión o desprecio con que el dolor del que sufre es mirado, y en la debilidad o valor con que nuestro prójimo soporta la angustia de sus desventuras, en todo esto, hay una parte de nuestro pensamiento; aquella parte que, emanando de nuestra mente, fué a perderse en el piélago de las pasiones y sentimientos humanos y a sumarse a las corrientes mentales en medio de las cuales los hombres luchan, yerran y sufren.

Pensemos por unos instantes en la influencia poderosa de nuestros pensamientos, como elementos invisibles, pero activos y eficaces en su sutileza, que actúan sin cesar en la educación de los niños. Pensemos en el cuidado extraordinario que continuamente han de tener el padre, la madre y el maestro sobre la índole de pensamientos que de su cerebro emanen, ya que ellos habrán de reproducirse en seguida en las mentes tiernas y receptivas de los educandos.

Todos hemos observado el hecho de que un niño, represen-

dido con ira, reacciona en el acto de modo semejante, aunque por lo general su cólera sea ahogada por el temor o el respeto. ¿No será esto simplemente el efecto de nuestros pensamientos y emociones reflejándose telepáticamente en su cerebro sensitivo y delicado?

Dícese que Licurgo, entre sus disposiciones sobre la enseñanza, ordenó que no se admitiese en el recinto de la escuela sino a aquellos cuyas mentes fuesen puras.

¿Conocería ese sabio legislador la transmisión del pensamiento y deseaba evitar que el ambiente en que los niños griegos formaban su carácter y modelaban su conciencia estuviese infeccionado por asquerosas formas mentales de sensualismo, o entenebrecido por oscuras corrientes de temor o cobardía? ¿Querría evitar que las ideas esparcidas por un libertino o por un miserable fuesen a sembrar en las mentes de los futuros ciudadanos, gérmenes de degradación o de vileza que se incubaran allí al calor de los años y del ambiente, y se tornaran un día en realidades malditas que hiciesen de ellos la vergüenza de la familia y de la patria?

El asunto es sin duda de interés trascendental; siguiendo el hilo lógico de las deducciones, una vez que hemos admitido, con apoyo de una evidente comprobación científica, el hecho de la transmisión del pensamiento, nos vemos de pronto frente a preguntas como éstas:

¿Cuántas veces las sombras que mancharon la blancura y la pureza de los pensamientos en las mentes de nuestros hijos o discípulos no fueron sino el reflejo impuro de nuestros propios pensamientos?

¿Cuántas veces al espasmo de ira o el impulso de venganza que sacuden sus tiernos cuerpecitos no son sino la prolongación de nuestra propia intemperancia frente a sus debilidades y errores?

¿Cuántas veces nuestra impaciencia e inmoderación clavan

sus dardos con crueldad en sus mentes, constituyendo una tara odiosa que obstaculiza su desenvolvimiento moral?

Pero no termina allí el auxilio poderoso de la enseñanza teosófica en la labor educativa por lo que a los poderes de la mente se refiere. La doctrina teosófica de que "el hombre se convierte en aquello que piensa", señala todo un plan de disciplina mental a cuya aplicación han de seguir los más halagadores resultados en la construcción del carácter y en el desarrollo moral del niño, porque es reconocimiento de las fuerzas sutiles y silenciosas de la mente humana, que de continuo trabajan moldeando las cualidades del hombre y conformando su conciencia, según el ideal acariciado por su pensamiento.

La Teosofía explica al educador cómo los ideales que, al principio vagamente y luego en forma más definida, comienzan a manifestarse en el alma del hombre desde la primera edad, van trocándose en seguida en pensamientos, cuyo poder varía según el grado de desenvolvimiento mental, pero que siempre constituyen energías que actúan sobre la conciencia y sobre las emociones, coloreándolas y dirigiéndolas según su propia índole y dirección; cómo esas fuerzas reales y verdaderas que de la mente emanan, influyen de modo directo sobre los cuerpos sutiles del niño, más plásticos que los del hombre adulto, y van desalojando, lenta pero eficazmente, todos aquellos elementos de condición opuesta a los pensamientos emitidos y atrayendo para ocupar su lugar materiales que le son afines; y cómo este proceso de continua renovación que en los vehículos emocional y mental se efectúa, determina un perpetuo cambio de cualidades buenas y malas, que unas veces es fácilmente perceptible para el educador, y otras no. Y es en determinar el curso que esa constante transmutación ha de seguir, donde aparece, desde el punto de vista teosófico, una magnífica oportunidad para el padre y el maestro. Sepamos despertar en el espíritu infantil admiración y simpatía hacia cuanto de elevado y

valeroso, puro, grande y verdadero hay en la Vida; hacia los más altos y nobles ideales que constituyen la mejor aspiración de los hombres; llenemos su alma con la visión de un divino modelo de humana perfección, y pronto se convertirá en una fuerza inspiradora en el mundo de sus pensamientos, que irá plasmando gradualmente con la virtud de su energía creadora los rasgos de un arquetipo de inmortal belleza, y esculpiendo en su espíritu, como mágico cincel en blanco mármol, bellos y vigorosos perfiles de la obra maestra, que alcanzará un día el esplendor inconcebible de la gloriosa Ideación de la Divina Mente. Y no se exagera en ello el poder de las fuerzas mentales; los avances de la psicología experimental en ese campo, nos muestran hasta qué punto las energías del pensamiento influyen en la vida del individuo, y no ha de admirarnos que se les atribuya tan vasto poder en su propio nivel sutil, cuando tenemos frecuentes comprobaciones de su influencia aún sobre el cuerpo mismo, como la que constituye el éxito del sistema Sadow de cultura física, en el cual se observa que aquellos músculos en los cuales el pensamiento es enfocado, se desarrollan con más vigor que los demás, y aún sería oportuno recordar que Bossuet pretendía que el hombre a los cuarenta y cinco años es responsable del aspecto de su fisonomía.

Hay un punto capital de la ciencia de la educación en el cual la influencia del concepto teosófico da una nueva visión al educador, cuyo resultado en el desenvolvimiento de los diversos aspectos de la personalidad del niño ha de ser visiblemente favorable. Me refiero a la disciplina, tomando esta palabra en su más amplio sentido.

Siempre ha constituido una de las más serias fases del problema educacional, lo referente a los métodos más aconsejables para ejercer sobre la naturaleza del niño la presión necesaria a fin de hacerla desenvolverse por los canales determinados en el plan, tanto en el orden físico, como en el intelectual y moral.

Y razón bastante ha existido para justificar las vacilaciones y tropiezos que siempre precedieron a la implantación de un régimen disciplinario en todas las líneas que la educación abarca, así como para mantener la inconformidad con todos los sistemas que han regido durante siglos, quizás pudiéramos decir con verdad que desde que la civilización griega se oscureció para el mundo, dejando tinieblas profundas en muchos de los campos de vida que constituyen la cultura humana.

Los métodos de disciplina aplicados generalmente, aún hoy día en gran número de hogares, de escuelas y colegios, pudieran clasificarse como sistemas de "disciplina externa" porque constituyen, tanto en lo referente al cultivo del intelecto como al desenvolvimiento moral, una simple presión externa que trata de imponerse sobre la doble naturaleza del niño, apoyada en su propia y exclusiva autoridad, sin tomar en cuenta en la debida proporción, la independencia inherente al individuo a quien se trata de dirigir, para que el resultado de la disciplina no sea solamente una apariencia exterior de adelanto, sino un real y verdadero progreso, que sólo puede alcanzarse por la virtud de una cooperación consciente y voluntaria de las íntimas y esencialmente libres facultades del espíritu humano, sin caer, desde luego, en absurdos extremos, interesando en lo posible al verdadero yo en el plan de transformación intelectual, moral y espiritual que constituye el objetivo del sistema de disciplina, a fin de que el conocimiento alcanzado por el educando y el progreso realizado por él, no sean una simple acumulación de hechos concretos y fórmulas de vida automáticamente impuestos a su conciencia por una fuerza externa, sino más bien una íntima realización, por los poderes de su naturaleza superior, que son él mismo, de verdades de órdenes diversos que han llegado hasta su conciencia en virtud de una propia, eficaz y consciente experimentación. De suerte, pues, que el concepto teosófico de la disciplina excluye de modo ter-

minante toda clase de coerción, porque ésta en ningún caso implica desarrollo de las facultades, sino una imposibilidad de manifestación; pide más bien, que por una inteligente simpatía se estimule el crecimiento y la expresión de las ocultas potencias del interno ser, consiguiendo, para la labor de su evolución y progreso en todos los campos de la vida humana, la participación activa y dispuesta, de la voluntad del "yo" real, cuyo anhelo único es desarrollar cada día los gérmenes, latentes en su seno, de su divino origen, y revelar un día plenamente la grandeza de su excelsa y eterna condición.

Difícil es, sin duda, en el breve espacio de una conversación como ésta, y aún proseyendo en materia tan vasta y compleja la preparación de que ahora siento carecer, abarcar siquiera sintéticamente, todos los puntos de vista que la Teosofía nos ofrece en relación con la labor educativa y los espléndidos recursos con que enriquece pródigamente el acervo de conocimientos acumulados pacientemente por quienes consagraron en todos los tiempos su generosa devoción y el esfuerzo de su talento a estudiar los múltiples problemas de la ciencia de la educación del hombre. Así, pues, he debido ceñir mi deficiente exposición a los conceptos fundamentales, y no quiero dejar de hacer mención del especial empeño que los directores del movimiento teosófico ponen de continuo en encarecer la importancia extraordinaria y el inmenso valor de llevar al ambiente del hogar y de la escuela las más abundantes y perfectas manifestaciones del arte y la belleza en sus diversas formas, como elemento altamente educador y colaborador eficacísimo en la noble y difícil tarea de formar el carácter de los niños según el más alto patrón del ciudadano y del hombre. Y en esta dirección la Teosofía viene a señalar nuevamente los senderos que ya fueron recorridos por los educadores antiguos cuando, como en la Grecia esplendorosa, las más puras expresiones del Arte influyeron en el moldeamiento de la estructura intelectual y

moral de la juventud, la cual reaccionaba magníficamente al estímulo poderoso y vivificante de la Belleza, que así llegaba a constituir la esencia misma de su vida. El sentido íntimo y oculto de lo bello, que saturaba todas las fibras de su ser interno, era la continua inspiración de existencias que así transcurrían llenas de un intenso afán por alcanzar las cumbres de una soñada perfección humana, representada o quizás simbolizada más bien, en las insuperables formas con que el genio del arte revestía de sonido o de mármol, los sublimes ideales que en el seno del espíritu palpitan sin hallar expresión.

Esa nota divina de la Belleza, que fué dada por Orfeo en los primeros albores de la civilización helénica, fué sin duda el aliento creador que, como emanado de las altas esferas de la Vida Suprema, moldeó en su vigor, en su pureza y en su exaltación intelectual, aquella cultura superior que floreció estupefa para gloria de la humana estirpe; fué esa nota de armonía hecha vibrar en la infancia de aquel pueblo viril y soñador, la energía que estimuló en él los gérmenes de oculta grandeza e hizo brotar de ellos una civilización maravillosa, que aún es benéfica y exaltadora inspiración de los hombres. Y así como en el sagrado recinto de la escuela pitagórica el Maestro de maestros purificaba, ennoblecía y despertaba a más alta condición las facultades superiores del alma de sus discípulos por medio de la magia de la belleza, haciendo vibrar en sus mentes y en sus corazones la eterna armonía de la Vida Inmortal y Divina, así toda la cultura de aquel pueblo fué modelada por la fuerza prodigiosa de una estética trascendente que esculpió en ella los nítidos perfiles de su indescriptible encanto. Y es que la Belleza, en sus diversas manifestaciones, no es sino una expresión en el mundo, de la Eterna Armonía que constituye la esencia misma del Ser y que contiene en sí los divinos arquetipos de perfección que el proceso evolutivo va elaborando lentamente en el transcurso de las edades. Llenemos, pues, de Be-

lleza y Armonía el ambiente en que se educa; pongamos en el camino de los niños la magia irresistible y seductora de lo que es bello, y la virtud de esa belleza transformará sus aspiraciones, purificará sus vidas y colocará sus ideales sobre cimas cada día más altas. La alegre belleza de las aulas limpias; la belleza de las plantas que son vida y de las flores que son pensamientos; la belleza del sonido y del color; la belleza del sol radiante; la suave belleza de una palabra cariñosa y dulce; la belleza alentadora de una frase de elogio; la belleza del perdón y de la simpatía compasiva; la belleza edificante del ejemplo de una vida justa y recta, de un espíritu que comprende que el educador es un apóstol y la escuela un templo, esa será la luz redentora que disipará toda lobreguez en la conciencia de los niños, que llenará sus vidas de paz, de fuerza y de alegría y que despertará en ellos las más nobles ambiciones y los más bellos propósitos, poniendo así los fundamentos de una sociedad más vigorosa y más consciente, más armónica y más pura, más sabia y más dichosa.

Nada podrá quizás dar una clara idea del concepto sintético de la educación basado en la Teosofía, como el plan trazado por el experto educador teósofo señor George S. Arundale.

El plan se basa en el principio de que el propósito de la educación, que es el mismo de la evolución y de la vida, consiste en ayudar a desarrollar en el niño los poderes de su conciencia. Y como la conciencia humana es, según la Teosofía, un reflejo de la Divina Conciencia, esos poderes se consideran divididos en los mismos tres grupos que corresponden a los tres principios de la Divinidad, simbolizados en las escrituras sagradas de los pueblos por una Trinidad Divina, a saber: AMOR, SABIDURIA y VOLUNTAD.

Y dice luego el señor Arundale:

“¿Qué significa AMOR? Significa:

“a) La eliminación del temor, y con él, de todos sus

acompañantes: la desesperación, el abatimiento, la duda, el odio, la suspicacia y la desconfianza.

"b) La eliminación de todo lo que sea contrario a la fraternidad y de todo sentimiento de separatividad. El desarrollo de la comprensión, la simpatía y el mutuo respeto.

"c) Respeto a los mayores. Buena voluntad expandiéndose gradualmente hasta convertirse en positivo afecto, hacia los iguales. Ternura y compasión para los más jóvenes, ya sea desde el punto de vista de los años o del conocimiento y de la evolución.

"d) La transmutación del egoísmo en altruísmo. Las etapas son: 1ª—Los sentimientos dominados por el placer y el dolor personales; 2ª—Las emociones dominadas por el placer y el dolor personales; 3ª—Los sentimientos y las emociones dominados y permeados por el amor. En otras palabras: crece en intensidad la necesidad de ser feliz *con los otros* y la imposibilidad de serlo a *expensas de los demás*.

"¿Qué significa SABIDURIA? Significa:

"a) La eliminación de la ignorancia y la duda, por lo cual, también gradualmente, se elimina lo que a la fraternidad se opone, puesto que se adquiere la interna visión del verdadero propósito de la sabiduría, por su uso y por su abuso en la forma inferior de intelectualidad.

"b) El uso creciente del discernimiento entre lo recto y lo errado y entre lo más importante y lo menos importante. El desarrollo de la conciencia, que es el don de Dios a la Humanidad.

"c) Una creciente comprensión del Plan Divino aplicado:

1º—A lo individual;

2º—Al medio ambiente en círculos cada vez mayores hasta alcanzar al mundo en su totalidad.

"Esto significa la espiritualización del conocimiento intensificando así su aplicación práctica a la vida diaria. Los hechos

que forman parte del conocimiento, como se presentan a través de la educación que se imparte generalmente en escuelas y colegios, son más bien considerados como medios por los cuales pueda obtenerse ventaja sobre los demás hombres, que como evidencias del cumplimiento del plan de Dios para Su mundo, y como medios que nos permitan servir a los otros.

“¿Qué significa VOLUNTAD? Significa:

“a) La eliminación de la indiferencia, por la cual, también gradualmente, se elimina todo lo que es contrario a la fraternidad, pues se adquiere una visión interna del propósito del Poder, a través de su uso y abuso.

“b) El desarrollo del propósito elevado, a fin de que el Amor y la Sabiduría puedan trabajar para conseguir de modo perfecto las finalidades establecidas. La posesión de poder, de firmes propósitos, determinación, valor, rectitud, perseverancia, unidad de objetivo, resistencia; todas estas cualidades sabias y amables, por estar basadas en el AMOR y en la SABIDURIA”.

“Estos—dice el señor Arundale—son mis principios básicos de educación como los veo actualmente. En la Educación como la tenemos hoy día, el lugar del Amor está ocupado por el temor, y el de la Voluntad por el orgullo que se manifiesta en términos de agresión y competencia.

“¿Y dónde está la salida? Es aquella misma antigua salida ofrecida en las viejas escrituras sagradas; la salida que nos mostró el Padre de la raza Aria, el Señor Vaivasvata Manú: El Amor de Dios, la Sabiduría de Dios y la Voluntad de Dios deben expresarse, por lo que se refiere al reino humano, en términos de Servicio, de Estudio, de Simplicidad y de Dominio propio”.

¿Puede alguien, especialmente de entre quienes están familiarizados con los serios y hondos problemas de la educación, dudar de que un orden social fundado sobre los cimientos de un

sistema educativo cuyos propósitos sigan las líneas trazadas por el plan anterior, responda de una manera más real y más perfecta a las constantes aspiraciones de la mente y del corazón de los hombres cultos? ¿Podrá dudarse de que el producto de semejante programa sintético sea un tipo humano que encarna magníficamente los ideales de una cultura superior, soñada siempre por quienes quisieron para la raza humana todo lo que de bello y de noble, de sabio y de justo, de puro y de grande pudieron concebir el genio, la virtud y el valor? ¿Podrá dejarse de reconocer que el resultado de tal plan ha de ser forzosamente un individuo cuya conciencia de los sagrados deberes que la vida le impone en el concierto social hará de él un elemento de progreso, de bienestar y de dicha en el seno de una civilización más brillante y más feliz que la nuestra? Un individuo que por la eficiencia de su vida de acción, por la contribución de su luz intelectual al adelanto del mundo y por la generosidad de sus sentimientos constituya, al par que una espléndida realización del humano esfuerzo una bella y luminosa profecía de la suprema e inconcebible grandeza que revelará el hombre un día cuando alcance, en el curso de las edades, la plena estatura de su divino ser?

•
•
•

Ese es, pues, el mensaje luminoso de la Teofosía para el educador; que haga de su labor un arte y de su misión un sacerdocio, nutriendo para ello su espíritu en las fuentes vivas de la verdad más pura; saturando su vida de generosidad, de abnegación y simpatía; llenando su ser, no solamente del conocimiento que dignifica la condición humana, sino también de la virtud que la sublima; que eleve su conciencia a las más altas concepciones de la Verdad, del Valor y del Bien; pues sólo así podrá cumplir, ayudado de su ciencia, de su amor y de su fuerza, la obra grandiosa de hacer a los hombres más sabios, más valientes y más nobles.